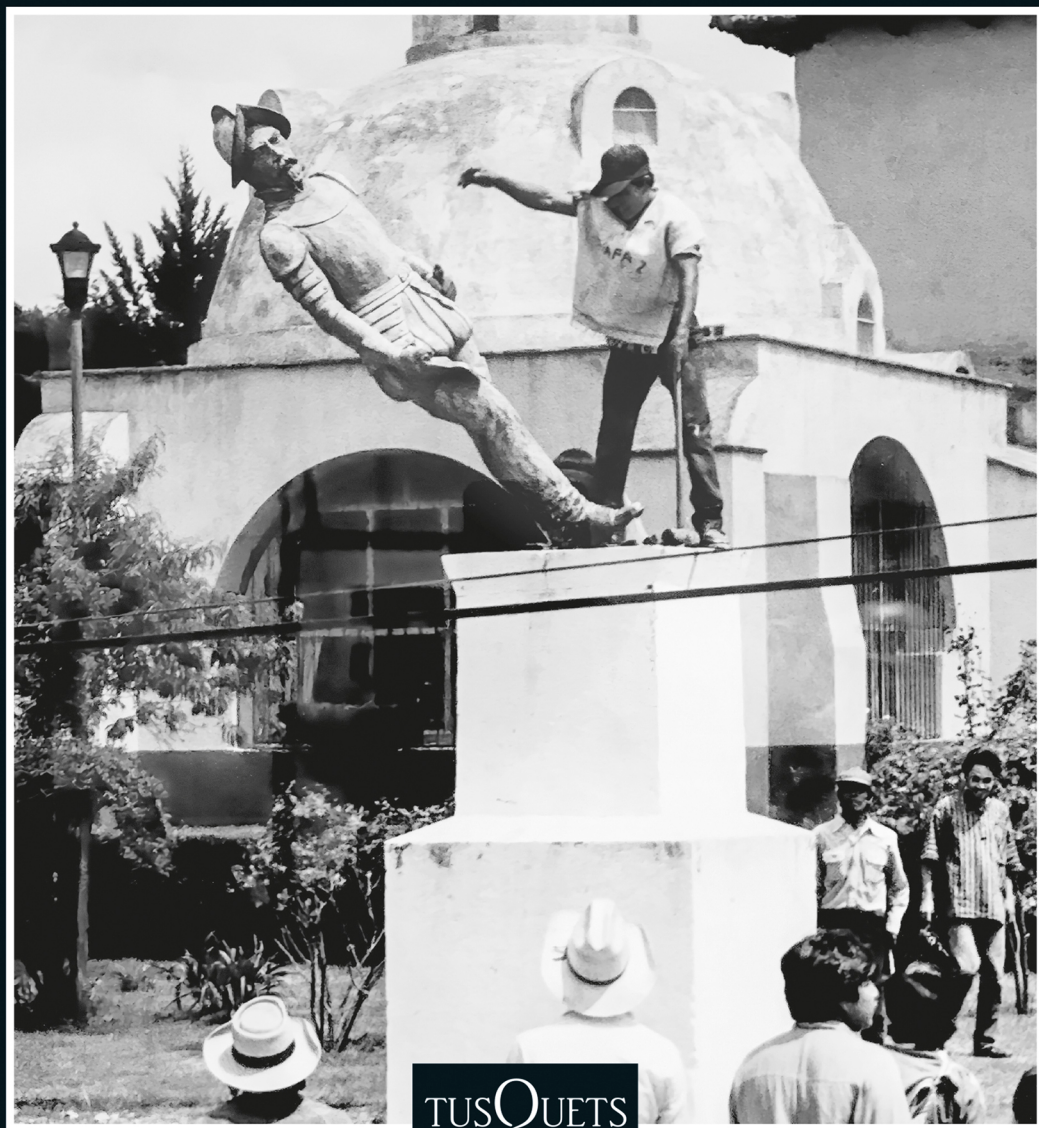


Éric Vuillard

CONQUISTADORES

colección andanzas



TUSQUETS
EDITORES

ÉRIC VUILLARD
CONQUISTADORES

Traducción de Félix Terrones

TUSQUETS
EDITORES

Índice

El ascenso	13
Ciénagas	22
Los albores	35
Atravesar el vacío	42
Las alturas	62
Cajamarca	72
El encuentro	98
El botín	113
Lázaro	121
Los hermanos	124
El rescate	131
Los puentes	139
Pachacámac	150
Una primera visita	154
Cuzco	165
Almagro o la Pascua Florida	175
Los Reyes Magos	180
El océano	185
Papas	190
Muerte del Inca	192
Duelos	197
Contratos	199

Un paseo.	201
Retablo	208
Las trompetas	210
Challco Chima y el fuego.	215
La jauría	217
Nieves perpetuas.	236
Una huella de herradura.	242
Fundación de Lima.	246
Chile.	248
Revuelta	258
Ollantaytambo	273
El cerco de Lima.	278
Orejas y barbas	284
Reino de Almagro, año de gracia de 1537	288
Negociaciones.	297
Mala	303
Nuevas propuestas	312
La guerra civil	321
Batalla de las Salinas.	329
Muerte de Almagro.	338
El Rey Cabra.	345
El final	357

Una vez franqueadas las primeras quebradas, la hierba se vuelve más menuda y pálida. Los abruptos desniveles del terreno esconden arbustos mustios y la mayoría de las plantas crecen a ras de suelo para protegerse del frío y el viento. Sus hojas y tallos se retuercen, tupidos, rugosos. Estrechos senderos trazan sus surcos entre el desmonte. Escasean las flores. La tierra se desmorona fácilmente en los flancos verticales de los cerros. La rápida corriente de los ríos atraviesa valles profundos y angostos. Hileras de árboles siguen a cimas pequeñas de tierra blanda que se derrumban. Los cascajos crujen bajo las herraduras de los cascos. A intervalos regulares hay que cruzar a caballo fríos torrentes, pasar entre peñascos enormes que rasgan el cielo.

Estamos a comienzos del verano de 1532, y por esos parajes avanzaba Francisco Pizarro —conquistador, hijo bastardo de Gonzalo Pizarro Rodríguez de Aguilar, analfabeto y, como sugiere López de Gómara, ex porquerizo, hombre astuto cuando posee el mando, que junto a Vasco Núñez de Balboa había empujado a las tropas a través de pantanos de la costa y había descubierto el Pacífico, y que después, a las órdenes del gobernador Pedro Arias Dávila, había arrestado y ahorcado al mismo Vasco Núñez de Balboa—, acompañado de Hernando de Soto —conquistador de Nicaragua que había participado en numerosas conspiraciones, que había llegado adolescente a América después de una infancia pobre y solitaria, sin saber leer ni escribir, fogoso, independiente, y que dejaría bruscamente el Perú para lanzarse, años

después, a la conquista de la Florida y del norte del continente, y terminar muriendo, tras dejar detrás de sí infinidad de cadáveres, a orillas del Mississippi a la edad de cuarenta años— y de Sebastián de Benalcázar —cuyo verdadero nombre era Sebastián Moyano, pero que él mismo se cambió para rebautizarse Benalcázar, como su pueblo, y luego Belalcázar, cambiando la *l* por la *n* no se sabe bien por qué, y que había huido de su país después de matar una mula que le habían confiado, hijo de labradores, iletrado, hombre valiente y derrochador pero desprovisto de virtud—; y esos tres que marchaban, guiados a lo largo del camino, de estación en estación de esa vía dolorosa, por el deseo y la Providencia, como una estrecha fila de insectos, cuerpos separados del mundo por una sólida y rutilante cáscara de metal, ¿qué habían ido a buscar a esas alturas?, ¿y qué iban a encontrar?

Sangre y lodo. Pero también una especie de aturdimiento, de embriaguez, un inmenso cansancio, un suspiro que reverberaba en los barrancos. Porque es Dios, el Dios del pueblo y del perdón, el Dios de la piedad mariana, el de los retablos y la luz, visible en el círculo posado sobre la cabeza de los reyes, el que a cada disparo de arcabuz recogería las grandes lluvias de oro.

Y el sol, más allá de todas las cosas, hizo que emanara de ellos la potencia; por una cruel ironía, él, padre de los incas, habló en una lengua de fuego, les donó a los cristianos como ofrenda la sangre de sus fieles, les concedió un goce nunca visto sobre la tierra: el de destruir y fundar; les permitió que destruyeran incluso la propia idolatría de los incas, y, después, dejó que lo sagrado manara de una fuente más profunda, les permitió recorrer —bestias nómadas— miles de colinas, y que herraran sus mulas con oro, que llegaran hasta los límites de la certeza, hasta los confines de la afirmación y de la negación; les permitió matarse entre sí, unirse, separarse como quizá nadie antes tuvo la oportunidad ni la fuerza para hacer; y ellos, ya libres, lo profanaron todo con una iniquidad considerable, llevando en el corazón una noción rabiosa de lo real, viendo sin cesar cómo la riqueza se volvía fuego y cenizas, y

cómo su luz iluminaba una fundación y una devastación desmedida, el fin de un mundo; la gloria.

En muchos aspectos, sin embargo, aquellos hombres eran mediocres, simples mercenarios. Destinados a enfrentarse entre sí, ninguno de ellos tendrá el tiempo de disfrutar de lo que han logrado con sus esfuerzos, ninguno conocerá algo más que insurrecciones, monarquía errante, blasfemia. Porque, ignorando las leyes del mundo que ellos mismos componen a sablazos, cegados por la omnipotencia de su reino, impulsados por una violencia primigenia, se mantendrán, a través del espejo de Occidente, como cadáveres secos sobre el talud galileano del progreso, después de haber estirado con todas sus fuerzas los rieles del vasto tren que parte de Toledo y termina su recorrido, quinientos años más tarde, en los Barrios Altos de Lima.

Los preparativos habían sido extremadamente largos. Las numerosas etapas que precedieron a esta interminable marcha habían sido agotadoras, llenas de obstáculos: empantanarse en las ciénagas de Colombia, llegar al vasto mar del Sur, recabar datos, prestar oídos a las leyendas.

Fue necesario acercarse varias veces a este imperio enigmático y lejano. Pascual de Andagoya descubrió el río San Juan. Pizarro, en su primer intento, ni siquiera pudo alcanzar ese río. Dos años después, un segundo intento no tuvo mayor fortuna. Pero, desde 1528, Pizarro había explorado una parte del litoral; algunos pueblos y un poco de oro bastaron para confirmar sus sueños. Y partió a España para conseguir dinero y reclutar hombres.

Después compraron armas, caballos y todo lo necesario para una campaña militar de la que no se sabía nada, porque no sabían a qué adversarios tendrían que enfrentarse, ni cuánto tiempo duraría, ni adónde se dirigirían.

Habían desembarcado en la costa ecuatoriana y se habían dirigido hacia el sur. En 1532, Pizarro decidió el emplazamiento de la primera ciudad española que fundaron en Perú: San Miguel de Piura, que es hoy una hilera polvorienta de ladrillos y

cemento. Varios cambios de asentamiento, un sismo, derrumbes y la explotación de petróleo acabaron con la añeja belleza de Piura. Sólo queda el jirón Lima, pobre arteria a lo largo de la plaza Pizarro, con su iglesia de San Francisco y su restaurante vegetariano, el Ganimedes.

Pero ¿cuántos ladrillos se moldearon en los encofrados de madera? ¿Cuántas clavijas de madera y muescas se hundieron en las vigas, haciendo babear a los árboles tropicales su espuma de serrín? ¿Cuántas azuelas descuartizaron los troncos? ¿Cuántas cortezas cayeron? ¿Cuánta savia se pegó a los dedos?

Se convertía al indio a la extracción de metales. En el sofocante calor de la mina, los indios se arrodillan para extraer de la tierra ese material tanpreciado. Eso sin duda destruye en ellos el mito solar. Cuando uno se ha arrastrado hasta las venas de la tierra, la obra de Dios queda para siempre vinculada a la miseria. Al final, el metal se trabajaba a fuego y tomaba la forma necesaria para la navegación y la guerra. Así, José María de Águila asía con fuerza la empuñadura de su ropera, una espada cuya hoja demasiado fina resultaba aquí un signo de distinción inútil, pero que había insistido en traer, pues con ella había atravesado el pecho de Niño Jerez. Mientras avanzaba, iba soltando ¡Ohs! a su caballo cuando cruzaban un río, sin imaginar que ese mismo caballo, un año más tarde, se inclinaría para beber del Apurímac, a cientos de kilómetros al sur, y a más de tres kilómetros sobre sus cabezas.

Y ahora, después de todo aquello, después de esos viajes de reconocimiento fastidiosos, después de haber ido a España para arrodillarse delante del Emperador, después de las conversiones, las explotaciones de toda índole, después del transporte de árboles, la construcción de navíos, del avituallamiento, después de embarcar a hombres y bestias en naves miserables, después de atracar en muchas costas húmedas y lúgubres, esos hombres habían fundado una ciudad. Pero lo que habría podido constituir el objetivo de un viaje o de toda una vida, lo que habría debido ser el fruto de acciones tan dolorosas, de energías tan fieras, fundar una ciudad, no sería en verdad más que un punto de partida, una estrella

minúscula contemplada aisladamente dentro de un tubo, como los árabes sabían hacer desde mucho antes de la Edad Media. Lo que habría debido ser el lugar en el que convergen y se refractan los rayos sólo era un punto de apoyo, un vulgar punto de apoyo, porque enseguida había que reanudar una ruta interminable, la ruta colorida y confusa que lleva hacia los objetos más lejanos, los menos conocidos y los más deseados. Había que seguir, sudar, hundirse en un paraje vacío y desnudo, en las pampas vírgenes, en los cañones estériles, trepar por gargantas húmedas, sin saber qué descubrirían.

¿Encontrarían a ese pueblo loco y divino que arrojaba, como se decía, el oro a un lago? Y ese pueblo ¿acudiría a postrarse a sus pies para depositar los collares y el silencio de sus dioses? ¿Existía ese jardín en el que cada animal estaba representado en oro, a tamaño natural, y cuyas estatuas se arrodillaban para beber?

*

La peste negra e interminables guerras asolaban Europa. Por doquier, en la sociedad todo eran castas, mayorazgos, jerarquías inflexibles. Había impuestos, hambruna, disputas, fanatismo religioso, proscripción de judíos, persecución de moros, de herejes. No se veía un fin a todo eso. Los reyes asían sólidamente sus tronos. Y si los tronos son, como se ha dicho, meros pedazos de madera y telas, esos pedazos de madera aún no estaban lo bastante secos como para arder.

Pero he aquí que, en la otra punta de la tierra, acababa de descubrirse otro mundo. Los primeros viajeros habían trazado con carbón seductores croquis. Entonces, una sed inmensa de gloria y riquezas atrajo al soldado de más bajo rango, al bandolero, al fraile menesteroso, al artesano sin trabajo, al vagabundo, al asesino. De pronto todos podían convertirse en reyezuelos arrogantes. De pronto todos podían vivir en palacios llenos de moscas, bajo tules escarlatas y alimentados por sirvientes o esclavos; todos podían someter a pueblos enteros a sus caprichos, a sus apetitos, a sus violentas voluntades. Florecerían la poligamia, el asesinato,

el canibalismo, pero el chorreo del oro impediría oír los gemidos y los gritos. Podrían arrasar reinos, desposar a princesas, prostituir a las mujeres y a las hijas de los vencidos, devorar, quemar, siempre y cuando se izase la bandera y se hubiese convertido al cristianismo a los cadáveres, para mayor gloria de Dios. Carlos V acaba de vencer en Pavía y de hacer prisionero al rey francés. Elegido emperador seis años atrás, Carlos es el soberano más poderoso de toda Europa. Reina en España, Alemania, Bélgica, Holanda y Austria, que ha recibido como herencia de su padre. Y, por herencia de su madre, también es rey de Nápoles, Sicilia y Cerdeña. En Francia sometió Borgoña, Artesia y Flandes. El tratado de Tordesillas, treinta años antes, había partido el mundo en dos. Trazaba una línea ideal, una inmensa y fina cicatriz a través del océano. España iba a reinar sobre el mundo. Eso duraría doscientos años. En Rocroi, el Gran Condé derrotaría a ese reino. Desde entonces, y hasta nuestros días, el país será una potencia de segundo orden.

*

Pizarro había partido de Panamá en enero de 1531, acompañado por cuatrocientos veinte hombres y treinta y siete caballos. Para hacerse con el Perú necesitó diez años. Una guerra civil entre los conquistadores estragó a la colonia durante años. Muchos hombres sucumbieron. Los disturbios y las luchas por la hegemonía se prolongaron unas tres décadas. La conquista de esta Tierra Prometida fue brutal: el Imperio inca desapareció, los españoles arrasaron los templos, los indios fueron reducidos a la esclavitud y su sociedad se derrumbó. Un puñado de hombres había destruido a la dinastía más poderosa de todo un continente y subyugado a un pueblo de seis millones de habitantes.

Dios había dado Palestina a Israel y le había prometido avanzar al frente de su ejército; él, fuego abrasador, humillaría a los enemigos de Israel, los perseguiría y acabaría con ellos. Yahvé expulsó y destruyó a esas naciones porque eran perversas; también para cumplir las promesas hechas a Abraham, Isaac y Jacob.

Pero ¿qué promesas cumplía Dios cuando le entregaba la Cordillera a Pizarro? ¿Qué perversidad habían cometido esas naciones? ¿Y por qué entregárselas a Pizarro, bastardo iletrado nacido en Extremadura, ávido y feroz mercenario, desprovisto de fe? Y el pueblo de España creará mil imágenes con el metal fundido, quince mil becerros de oro, y los adorará. Pizarro no bajará de la montaña en llamas, sino que romperá las tablas de la ley. Entonces los metales preciosos, manantial de oro y plata, fluirán hacia España. No estimularán la economía, pero financiarán la guerra. Pese a todo, Inglaterra derrotará a España. Francis Drake seguirá jugando cada vez que divise a la flota española a lo largo de las costas inglesas. «Terminemos nuestra partidita», dirá, «y luego iremos a vencer a los españoles.» La represión contra judíos y moros se intensificará. La economía se empobrecerá. Portugal recobrará su independencia, después lo harán los Países Bajos, y etcétera, etcétera, etcétera, hasta Felipe IV, quien será un nuevo Roderico.

Pizarro contemplaba el mundo desde la cruz. Pensaba en cristiano: la ruta de los Andes quizá lo lleve hacia una perfección espiritual. Caminaba recto por la senda tortuosa de sus deseos. Otro hombre ¿habría llevado a cabo la misma proeza? Otro ejército, quizá árabe, turco o chino, ¿habría alcanzado los mismos logros? Otro ejército ¿habría tenido el mismo ardor, el mismo deseo, la misma sed de gloria? ¿Hasta qué punto él era consciente de sus fuerzas? ¿Había calibrado cuánto había de anómalo en el hecho de arrojarle con cuatrocientos soldados al asalto de todo un imperio? ¿Le horrorizó el esplendor de las montañas, o más bien su propio apetito? Tal vez su sed de ser amado era tan grande que nunca le dejó abrir su corazón a nadie. Tal vez sus dudas eran tan punzantes que nunca pudo formularlas sin sentir un asco insalvable. Tal vez su ardiente deseo de poseer un mundo que creía virgen lo empujó al olvido exacerbado de su propia ternura.

La carne no existe. La impunidad es total. ¡Al diablo las fronteras y las futuras querellas! Pizarro sabe sacar partido de la oportunidad más vertiginosa. Cree merecer un mundo entero. Le atraían los comienzos. Amaba la esperanza, y también las situaciones en las que no había ya esperanza. La muerte más lenta era una guerra continua y sin cuartel. La violencia y la voluntad se fundían en la misericordia divina. Sólo había que dar rienda suelta a una fuerza, a un ciclón. Había que poblar la noche y el desierto con gritos, con fuego. A partir de una idea embrionaria, quería establecer su reino sobre miles de kilómetros, rebajar el horizonte. El Emperador, en España, le ha encomendado anexionar al dominio español el imperio de los incas y lo había investido de plenos poderes en una franja de tierra de doscientas leguas, a lo largo de las costas, y de profundidad desconocida. Y él trepó, trepó, trepó con la avidez de una cabra cuando mordisquea las bayas.

Hombre irrespetuoso con la autoridad, prefería una ganancia fortuita a un trabajo regular y honesto, y los excesos de su carácter no le habrían permitido lograr el éxito en otros empeños. Pizarro era un degollador. Necesitaba entrar en las ciudades a galope tendido, con el arma en ristre. Amaba las expediciones largas, los ataques súbitos. Anhelaba una recompensa extraordinaria, pero no quería merecerla.

A Pizarro lo movía una ardiente pasión por imitar la soberanía de Dios. Veía en sus crímenes y desórdenes una imagen radiante. Rezaba con fervor en virtud de un orgullo extraño, a la vez terrible y culpable, pero que no implicaba amor propio. Imploraba sin cesar el auxilio del Salvador, pero no reprimía sus deseos de conquista, porque se consideraba el instrumento sucio y perecedero de un horror necesario. Sabía que, cuando Dios tarda en socorrernos, es para probarnos de un modo mejor, pues está concediéndonos una gracia más extraordinaria que la de las armas, para que así derrotemos a un mal más secreto y peligroso que el hierro. Porque todo nuestro poder proviene de Dios, él es quien forja en todos nosotros nuestra vo-

luntad, y él es quien decide el resultado de nuestros actos. Así, Pizarro destrozó e incendió el becerro de oro. Lo trituró entero en el fuego del amor eterno, después moldeó con él ladrillos pequeños y fríos y, en gruesas alcancías de madera y hierro, lo envió a España.